

A LAS SEIS DE LA MADRUGADA mi noche estaba acabada, y a Krümel le dio por brincar hasta el canto de la puerta del dormitorio y cataplúm... se dejó caer de bruces contra el picaporte, abriéndola. El hecho de que no deje ni un rasguño en los ratones que lleva en el hocico siempre me ha parecido un misterio, nunca he podido entenderlo. Entró, se apostó a un costado de mi cara, dejó al ratón sobre la moqueta y dejó escapar un maullido de júbilo. El ratón se había convertido en una bolita gris, hirsuta, como paralizada.

—Coño... —rezongué—. Estamos de vacaciones, ¿no entiendes? ¡Vacaciones! Estoy agotado, déjame de ratones.

El ratón se movió cauteloso, adelgazado y filiforme. Recogí las gafas de la alfombra y me las encasqueté. El ratón pestañeó y echó a correr, en trayectoria directa hacia mi rostro.

Krümel, ladeando elegantemente la cabeza, lanzó la pata derecha y en un santiamén lo dejó clavado, como a unos veinte centímetros del extremo del colchón y como a unos veinticinco centímetros de mi cara.

—Tú nunca los matas, siempre me cargas el muerto.

Krümel liberó al ratón, y la bolita gris trepó zumbando al colchón, se evaporó por encima de mi cabeza y se ocultó debajo de la almohada. Krümel se lamió la pata derecha.

—Eres una gata asquerosa —dije, enojado.

Me senté y levanté la almohada. Allí se acuclillaba el ratoncillo, parpadeando, impertérrito a juzgar por las apariencias.

—¿Y ahora qué hacemos contigo?

Krümel se volvió, salió disparada con la cola tiesa, se puso a maullar en la puerta a la vez que se restregaba contra la jamba. La oí atravesar el pasillo y luego bajar saltando escaleras abajo. El ratón se puso cautelosamente en movimiento, lo levanté al vuelo y dije:

—Seré yo quien te devuelva la libertad, me convertiré en tu guerrero salvador.

Me embuté en el gastado albornoz y bajé de puntillas la escalera, sosteniéndolo en la mano. Krümel se frotaba contra mis piernas.

—Venga, anda, déjame que saque al aire libre tu regalito matutino.

La puerta de la casa chirrió; estaba nublado, lloviznaba, hacía fresco. Deposité al ratoncito sobre los peldaños. Krümel lo examinó sin especial interés. Después cerré la puerta, fui a la cocina y abrí un envase para Krümel. Ragut de pato. Empezó a ronronear, frotándose contra mi pantorrilla.

—¡Basta ya!, tu comportamiento es asquerosamente alejoso, vendes tu alma por un compuesto industrial de mala muerte.

Con pasos lentos regresé a la habitación, me acosté y traté de conciliar el sueño, hasta que los ruidillos de Krümel terminaron por despertarme. Sujetaba suavemente al ratón sobre la alfombra, a unos veinte centímetros de mi cara, y me miró serena, pletórica de orgullo.

Eran las nueve y se trataba, hasta donde pude colegir, del mismo ratón. No, seguro que era el mismo, porque en este pueblo nunca podrían coexistir dos ratones tan supinamente estúpidos.

Lo agarré y volví a llevarlo hasta la puerta. Sonó el teléfono. Supuse que sería Elsa o a saber quién; pero no, era Kohler.

—¡Hey! —exclamó con voz radiante.

Siempre dice «hey», y siempre con voz radiante.

—Tengo 42 años —dije—. Voy para viejo y siento la cercanía de la muerte. Y estoy de vacaciones.

—Eso ya me lo sé, colega —rugió—. Pero el jefe te reclama y no está dispuesto a admitir peros. De sobra sabe la alhaja que tiene contigo...

—Llamad a cualquiera de vuestros redactores habituales, pero a mí dejadme en paz. Hay gente más capaz...

—No para este caso —dijo Kohler—. La historia está llena de meandros y oscuros trasfondos. Y además transcurre cerca de tus dominios, en algún lugar de Eifel. Y dado que el jefe es tan discreto y no se rebaja a descender a temas tan mezquinos como el dinero, he de decirte que te pagará ocho mil del ala. Al mes, se entiende.

Era el doble de lo habitual, lo cual no olía nada bien.

—Imposible —dije—, necesito vacaciones, ¿comprendes? Estoy realmente acabado, no soy más que un pobre *free-lance* que se gana su pan para tener algo de qué vivir el día de mañana. ¿Qué tipo de historia?

Lo que hacía de Kohler un tipo tan espantosamente normal era que, en algún momento, hacía muchos años, había decidido aprovechar cuanta ocasión de medrar se le pusiese a tiro, o lo que él entendiera como tal. Y en ese mismo instante había vendido su alma, renunciando a todo derecho propio en favor de cualquier redactor jefe carente del más mínimo

escrúpulo, que continuamente se aprovechara de él para utilizarlo como chico para todo, confabulador de citas galantes u organizador de encuentros secretos. A veces, quizá, alguien le soplabla una noticia hiperconfidencial pero, por lo general, no se trataba de nada en verdad importante, y él ponía en ello un empeño desesperado, como si lo conociera todo sobre la trastienda del poder, como si no hubiera nada nuevo para él.

—¿Que qué tipo de historia? —preguntó, con un deje arrastrado, como si no hubiera entendido mi pregunta—. Bueno, lo dicho: ocho mil al mes, siempre que te la cures. Yo soy un simple *mandao*, ¿comprendes? No soy más que el encargado de turno. Y ahora te paso al jefe.

Colgó. Se oyó un clic.

Ahí estaba, la querida y rechinante voz.

—Amigo mío, me dicen que anda usted de vacaciones. Pues ya puede ir cambiando de planes. ¿Tiene motivos para creer que hayan podido pinchar su teléfono? El Servicio de Protección Constitucional, el BND¹, el MAD² o la CIA, póngale el nombre que quiera al club de imberbes en cuestión.

1-. Siglas que corresponden al BUNDESNACHRICHTENDIENS: servicios secretos de inteligencia.

2-. Siglas del MILITÄRISCHER ABSCHIRMDIENST: Servicio de contraespionaje alemán, vinculado al Ministerio de Defensa.

—Sé que un par de ellos sufren de aburrimiento prolongado y que se inmiscuyen con gusto en las intimidades ajenas. *Voyeurs*.

—Paranoicos todos ellos. Así que póngase en marcha y llámeme desde una cabina, ¿estamos? Y que sea en los próximos diez minutos, hágame el favor.

—Imposible, no le miento, pero es imposible. Aquí en el pueblo no hay más que una cabina, y siempre está fuera de servicio, los jóvenes la utilizan para magrarse. La más cercana está a tres kilómetros.

—Veinte minutos, no más —dijo; después murmuró despectivamente algo así como—: ¡Pueblucho! ¡Eifel...! —y colgó.

Me puse un chándal de entrenamiento y salí al patio. Lloviznaba, el coche arrancó a petardazos, traqueteante, como si tuviera el motor oxidado. Krümel se acercó pavoneándose en plan damisela y maulló. La dejé entrar.

—Menudo coñazo —le dije—. Pero con ocho mil del ala podría alimentarte hasta el final de tus días.

Dio un brinco en el asiento trasero, caracoleó y cerró los ojos. Disfruta cuando el auto se columpia entre el paisaje.

Abajo, junto a la fuente del pueblo, apareció Alfred, con un remolque cargado de heno.

—¡Por la tarde te llevo la madera! —gritó.

Asentí, saludé levantando indolente y virilmente la palma de la mano y continué mi camino. En el collado que se alza entre pueblo y pueblo, golpeteaba la lluvia racheada y casi horizontal, pero a lo lejos, en dirección oeste, lucía un cielo azul. Haría buen tiempo, apenas bochornoso. Tenía que cortar leña, sembrar plantas en el murete de piedra natural, tenía que podar los ciruelos, transportar la basura acumulada en el garaje, tenía por delante trabajo más que de sobra. Y todo al aire libre, o casi.

En la cabina, Krümel se instaló encima de las guías telefónicas y me observó mientras alineaba las monedas frente a mí, las insertaba en la ranura y marcaba.

—Otra vez yo: Siggi Baumeister.

—Bien, bien —dijo el jefe—. ¿Tiene suficiente calderilla? Tengo para un rato. Tengo que contarle una historia, una historia muy extraña.

—Tengo suficiente calderilla.

—Vale. Veamos, pues: ayer estuve en Bonn, en el Ministerio de Defensa. Nada especial, una simple entrevista. Queríamos indagar hasta qué punto el ministro está dispuesto a reducir armamento. Naturalmente, en principio está dispuesto, pero en realidad no lo está porque la paz como Dios manda no va con él. Lógico, es su trabajo. Bueno, luego se mostró afable, compartió la comida con nosotros, en la cantina. Tiene que dejar claro ante el pueblo soberano que mantiene una relación

de tú a tú con los periodistas más afamados de la región. La comida, una porquería, y el ministro, soporífero. Insistió en la legión de buenos amigos que tiene en Washington y que, según parece, no podrían vivir sin él. Bien, hasta ahí nada especial. Entonces recibe el ministro una llamada telefónica y yo me quedo ahí, a solas —carraspeó abundantemente, como para indicar que lo importante venía ahora—. Debe tener en cuenta que esa cantina es un sitio enorme y de techos bajos y más o menos tan acogedor como los urinarios de la estación central de Hamburgo. Las mesas están muy pegadas las unas a las otras. Junto a la mía había unos civiles, dos tipos de unos cincuenta años. Conversaban con toda naturalidad, en la medida en que es posible ser natural en esa casa. Al principio no entendía de qué iba la cosa, pero después caí en la cuenta. Ha tenido lugar un doble asesinato. En Eifel. No lejos de su pueblo, en un silo de municiones. Y otra cosa: el asesinato no tuvo lugar en el depósito, sino fuera, en un camino forestal. El lugar se llama Hohlbach o algo parecido.

—Hohbach —dije—. Está a ocho kilómetros de aquí. Pero es imposible que se haya producido un doble asesinato en Hohbach, pues me hubiese enterado. Ayer noche estuve en la taberna.

—Espere —dijo cordialmente—; de la conversación de los dos individuos se deduce que se ha localizado a un teniente de la Bundeswehr. En un Jeep. Estaba sentado al volante. Y a su

lado había una mujer, bonita y joven. Parecían de cháchara. Muy relajados, ¿comprende? Pero les habían disparado por la espalda. En la cabeza.

—No puede ser —dije.

—Pues lo es —contestó él—. Al parecer, un viejo campesino encontró los cadáveres.

—Inverosímil —dije—. Eifel es una región hermosa, pero también árida, y muy tranquila. Y cuando pasa algo así, la gente murmura, porque aquí pocas cosas alteran la monotonía. Ya eres la comidilla si no te cierras bien la cremallera del pantalón...

—Sí, sí —dijo muy ufano—, eso pensaba yo también. He sacrificado mis horas de sueño, he examinado diversos despachos. DPA, UPI, Reuter. Nada sobre un doble asesinato... nada de nada.

—¿Cómo sigue entonces su historia? ¿Han salido ya nombres a relucir?

—Ni rastro. La única información que he logrado sonsacar es que los hechos debieron de producirse hará unos quince días. Y también que fue el domingo por la tarde, o durante la madrugada entre domingo y lunes. Uno de los dos individuos en la cantina dijo que no se hacía ninguna ilusión de que el caso se resolviese rápidamente porque, y en este punto déjeme que le cite textualmente: «Ese gilipollas de la RDA desapareció con su cacharro sin dejar ningún rastro». Baumeister:

insisto en que no sé de qué se trata. Andan en ello el servicio de contraespionaje del ejército, los de protección de la Constitución y los servicios secretos federales. Ah, y otra lindeza: a la brigada criminal la han apartado, aunque al parecer la mujer no formaba parte del ejército; era civil. Me importa un bledo el tiempo que le lleve, todos los gastos corren de mi cuenta. ¿Le ha dicho Kohler cuánto va a cobrar? Así que andando, que es gerundio, y quiero sacarlo en el periódico, tarde lo que tarde.

—¿Recuerda otros pormenores de la conversación? ¿Tenían algo que ver el teniente y la mujer? ¿Era su esposa?

—No, no. Uno de los dos tipos mencionó que con la mujer habían tenido una potra increíble, porque nadie se interesaba por ella si no era para follársela, cuando todavía estaba viva.

—Lo que significa que puede haber muchos intereses en juego —dije—. Algo más: telegráfeme los primeros ocho mil. Quiero saber por qué trabajo.

—De acuerdo —replicó él—. Y envíeme los resultados de la investigación a mi correo privado. De esto no sabe nadie nada y nadie debe saberlo.

Levanté a Krümel y le dije entusiasmado:

—Voy a comprarte tres toneladas de Whiskas de la mejor.

Cerró los ojos, blandamente entre mis manos. A veces se aprovecha de mí vergonzosamente.

El tractor de Alfred con el remolque para el heno estaba aparcado frente al bar de Manni Capees. Petardeaba. Es decir, que Alfred, en el mejor de los casos, podría estar bebiendo entre tres y seis cervezas. Le dije a Krümel que se quedase en el coche y entré. Manni estaba detrás del mostrador, y frente a él se encontraba Alfred, bebiéndose su cerveza.

—Buenos días. Me tomaría un café —dije.

Manni torció la boca y se dirigió hacia la cocina.

—Oye, hay un silo de municiones en Hohbach. ¿Sabes qué almacenan en él?

—Munición corriente y moliente —dijo Alfred—. Pero la gente rumorea que también hay silos subterráneos para el gas. Otros dicen que guardan allí esas ojivas nucleares que caben en una mochila. Pero la gente rumorea demasiado. En cualquier caso, éstos son del club de los borrachos.

—¿A qué te refieres?

—Pues eso. Un silo en el culo del mundo. Los tipos se aburren a morir. En cierta ocasión les llevé madera en mitad de la semana. Estaban todos como cubas. Es un curro de mierda.

—¿Y qué más sabes?

Se sonrió maliciosamente:

—Nada, qué iba a saber yo. Pero sinceramente, tú ya sabes que aquí aparecen silos militares cada dos por tres, de hasta debajo de las piedras.

—Claro —dije—. Dile a Manni que va a tener que beberse mi café. Se lo pago por la noche.

Al salir, dos F-15 de la base americana de Bitburg sobrevolaron el pueblo a unos setenta metros de altura, en formación paralela de combate. El ruido era atronador.

—¡Gilipollas! —grité.

Krümel había brincado y se había escondido debajo del asiento.

—No te preocupes —le dije—. Tienen que jugar a los soldaditos, si no se quedarían sin trabajo.

Había dejado de llover y unas nubes blancas como la nieve surcaban el cielo. Conduje a casa, me enfundé la ropa de faena, arrastré el largo cordón del teléfono hasta la mesa del jardín, me traje la escalera de mano y empecé a podar los ciruelos, cuando sonó el teléfono por primera vez. Era una vez más Kohler.

—¿De qué se trata? —preguntó, con avidez.

—Nada especial —dije—. Privado, entre el jefe y yo.

—¿Tú tampoco dices ni mu?

—Yo tampoco digo ni mu —dije, y colgué.

Una hora más tarde era Elsa la que ronroneaba al otro lado de la línea, con voz contrariada.

—En realidad no quería llamar. Pero habíamos concertado una cita: querías venir a Hamburgo y acompañarme al concierto de McLaughlin. No lo has hecho.

—Es que... Ah mierda, se me olvidó, había tanto que hacer aquí.

—Eso no es disculpa, ni siquiera has llamado. Claro, como soy una mujer.

—Corta ya tu eterna cantinela feminista. Se me fue de la cabeza; lo único cierto y verdadero es que lo olvidé. No está bien, y me disculpo.

—La próxima vez que quieras dormir conmigo se me olvidará desnudarme.

No fingía el enfado y pude figurarme su entrecejo fruncido.

—¿Qué tal estás, aparte de eso?

Dejó escapar una suave risita, con una simpatía inquietante.

—Bien, yo también estoy de vacaciones. ¿Te vas a pasar las tuyas metido en casa?

—Sí.

—Vente aquí un par de días.

—No. Tengo demasiado que hacer.

—¿No quieres molestias, eh? ¿Quizá tienes visita?

—Por supuesto. La hija de Schimanski, catorce años, y dispuesta a lo que sea.

—Eres un fanfarrón asqueroso, Baumeister.

—Ya tenemos algo en común.

Se quedó en silencio largo rato, después murmuró:

—Los dos tenemos nuestros rollos. Es posible que no logremos sintonizar, que nos enrollemos en la cama, que vayamos dando tumbos el uno hacia el otro, que en vez de hablarnos tartamudeemos... Intento ser te útil. ¿Te ha sido provechoso el haberme conocido? ¿Sí? ¿Y si es así? Nos hacemos daño, ¿verdad?

—A veces.

Detrás de mí, una pareja de camachuelos había emprendido el vuelo hacia el viejo manzano y parecían ansiosos por contarse algo.

—Tú y tus frasecitas ... tus malditas frasecitas —dijo, llana y enérgicamente.

Luego un ruido abrupto y seco; había colgado.

—Sí, sí... —murmuré y colgué.

Cargué la pipa con *Royal Briar* de Stanwell, le di varias caladas y le dije a la parejita de camachuelos:

—¡Realmente ahora no me hace falta una mujer!

Para refrendar más enérgicamente mi infamia tararé:

—*Yesterday I had a love song, today I am singing the blues.*

Por supuesto me sentí como un cómico de feria; pero me sentó de maravilla.

Con un par de zancadas, accedí finalmente a la casa y puse el trío de Joe Pass, con su «Love for sale»; ideal para abandonarse a la autocompasión.

Alfred llegó de Howald con el remolque hasta los toques de madera de haya. Acercó su Fendt muy cargado hasta el garaje y dijo:

—Te la apilo. Mañana traigo la sierra dentada. Pero de cortarla tendrás que encargarte tú, así no crías panza. ¿Por qué me preguntaste lo del silo de municiones?

—Por nada, es que cada vez que vengo de Colonia me doy de narices con él. Sólo quería saber de qué se trata. ¿Cuánto cuesta la madera?

—Doscientos. Incluyendo el transporte, doscientos diez. Si me pasas cien, te envío a un tipo que se encarga de cortarla y de apilarla.

—Ya me encargo yo de cortarla. ¿Cuántos hombres habrá en un depósito como ése?

Alfred era un campesino de Eifel de mi misma edad, pelirrojo, delgado, fibroso. Se enorgullecía de no haberse casado nunca, y algunas personas en el pueblo murmuraban que le gustaba pasar por payaso para ocultar que era listo como un lince.

—¿Qué te traes tú entre manos? —dijo—; esas preguntas no se hacen así como así.

—Descarga la madera —dije—. Te invito a una cerveza y a una copita de aguardiente y te cuento lo que sé.

Asintió y se puso a recoger y apilar los pesados tocones. Viéndoselo hacer a él, parecía lo más sencillo del mundo.

Volví a subir al ciruelo, en la parte trasera de la casa, y recogí las exuberantes ramas que habían brotado en primavera. Se me deslizó el serrucho y me raspó el dorso de la mano izquierda; decidí bajar, me puse un esparadrapo en el baño y me paré a mirar a Alfred, que apilaba los últimos troncos.

—En los arsenales más pequeños hay siempre entre cincuenta y sesenta personas, y de cuatro a seis secciones. En Hohbach habrá unas cien personas. En Hohbach además no hay soldados de reemplazo. Por lo tanto, están vigilando algo importante. Si sólo se tratase de simple munición, tendrían soldados de leva, pero no, son soldaditos profesionales. Tú te has enterado de algo, ¿verdad?

—¿De qué tendría yo que haberme enterado?

Tomó el último tronco del remolque y lo depositó, ligero, como si fuera un junco, encima del montón. Me miró.

—Hablemos dentro de casa. Ya veo que sabes algo. Yo también sé algo. Hay un Jeep en el bosque, y dentro del Jeep hay un teniente de la Bundeswehr y a su lado una mujer. Cerca del depósito de Hohbach. Y los dos con disparos en la cabeza, y...

—¿Quién te ha contado todo eso?

—Un pajarito, un pajarito. Entremos, puedes invitarme a una cerveza.

Pasó delante de mí y entró bamboleándose como un marinero. Desde la puerta volvió la cabeza.

—Han corrido un tupido velo. Pero hay toda una novedad: tres días más tarde descubrieron un tercer cadáver, otra mujer. A doscientos metros del lugar en que se encontraba el Jeep. También le habían disparado.

Me precedió a lo largo del pasillo, giró hacia la sala de estar y se apoyó con su estilo habitual sobre el respaldo del sofá.

—Espero que no me estés tomando el pelo —dije, y fui en busca de la cerveza y el aguardiente.

—Sé lo que sé —dijo, irritado y en tono de voz alto—. Un viejo amigo mío vive en Hohbach. Pero ¿cómo te has enterado tú?

—En Bonn, por dos tipos a los que sorprendí mencionándolo. Pura casualidad. ¿Qué más sabes?

—Sé que no vas a obtener nada. Lo han rodeado de un secretismo absoluto, hermético, típico estilo del ejército alemán.

Le acerqué una botella de cerveza y serví el aguardiente.

—¿Qué más sabes?

—Ya te lo he dicho. Tengo un colega en Hohbach que me ha llamado y me lo ha contado. Uno de esos viejos campesinos salió por la mañana, para inspeccionar sus tierras, y encontró el Jeep, con los dos cadáveres. Fue el domingo antes de Pentecostés. Corrió hasta el silo y después de vuelta al pueblo. Pero al cabo de una hora lo recogieron; policía militar. Y cuando salió del interrogatorio ya no volvió a abrir la boca. Al parecer, se trataría de un teniente de la Bundeswehr y de una mujer.

Y tres días más tarde unos niños encontraron a la segunda mujer. El ejército acordonó toda la zona durante cinco horas, hasta cerraron la vía de enlace que lleva a la autopista.

—En otras palabras: toda la región sabe lo que tú sabes y nadie dice nada.

—¿Por qué vamos a hablar? Somos gente parca en palabras —sonrió maliciosamente, y sus ojos se hundieron entre las arrugas—. Un caballero que se precie disfruta del espectáculo en silencio. En serio, la Bundeswehr le hace un gran servicio a Eifel, el ejército representa puestos de trabajo, el ejército organiza farras con los viejos guerreros, el ejército significa dinero. Fuera bromas, muchacho, si sus tanques de mierda arruinan tus campos, enseguida aparece un berzotas uniformado que te paga rápido y te paga bien. Si en la Bundeswehr algo huele a podrido, todos nos tapamos la nariz, porque está claro que los apoyamos, pues...

Al hablar se había excitado mucho porque éste era un punto delicado en su existencia. Rara vez se emborrachaba, pero cuando lo hacía mentaba al ejército federal y decía, con ojos desenchajados: «Es el mayor grupo de hijos de puta del planeta, porque ahí no eres más que un número y no te dan ninguna opción de ser otra cosa». Nunca mencionaba que un capitoste del ejército federal le había arruinado el amor de su vida, pero siempre que se ponía en ese estado, parecía dispuesto a hacer trizas el local entero.

—¿Y en las redacciones de la prensa local?

Alfred se rio.

—Saben lo que yo, pero no pueden escribir ni una palabra porque si lo hicieran, los bancos, los profesionales y los comerciantes les dirían que no piensan soltar ni un duro más para publicidad. Y así todo. Dime, ¿es que naciste ayer? Tío, mejor no te metas en esto. Basta con que preguntes y ya estás en el hospital.

No tenía sentido contradecirle, llevaba razón.

—¡Tres muertos de los que no se sabe nada! —dije exaltado—. ¿Qué se murmura en tus corrillos? ¿Drama amoroso? ¿Familiar? ¿Drama de pareja? ¿Espionaje? ¿Qué?

Cuando sonreía, sus ojos desaparecían entre arrugas.

—Uno dice esto, el otro aquello, tienes para dar y tomar. Pero en realidad nadie sabe nada. En los últimos días se ha rumoreado mucho que podrían ser espías, pero quizá no sea más que mera palabrería.

—¿Quiénes son la dos mujeres muertas?

—De la primera se conoce la identidad. Trabajaba de camarera desde hace un año en la taberna de Hohbach. Sólo sé que no era de Hohbach sino de Berlín Este. Se llamaba Susi. Y tenía unos treinta años. De la segunda nadie sabe nada. Los niños, en todo caso, no la conocían. Además, ya no era reconocible.

—¿El teniente era de aquí?

Negó con la cabeza.

—Dicen que tal vez fuese de Münsterland.

—¿Podrías ponerme en contacto, por favor, con tu colega de Hohbach?

—No, no puedo —respondió rápidamente, y miró fijamente por la ventana—. Tienes que entenderlo. Yo soy campesino y vivo aquí. Tú eres periodista y puedes largarte en cualquier momento. No puedo hacerlo.

—Está bien. Olvida toda esta conversación.

Mostró un rostro arrugado.

—Te conozco desde hace cinco años, pero en realidad no sé nada de ti.

Se fue. No había probado ni la cerveza ni el aguardiente.

Se dio la vuelta en la puerta de la casa, su silueta se proyectó alargada contra el cielo de principios de verano.

—De todas formas lo vas a descubrir, así que escucha esto: hay un camión de la RDA de por medio. Pasó el fin de semana en Hohbach; el conductor pernoctó en el bar, porque los camiones no pueden circular ni sábados ni domingos por la autopista. Y el miércoles anterior el camión había estado también en Hohbach, y el conductor durmió en el pueblo —gesticulaba con los brazos—. No sé cómo encaja todo eso, este menda no tiene experiencia en mierdas semejantes. La gente dice que algunos espías se han matado entre ellos. ¿Te has enterado de

que los tipos muertos en el Jeep, y la mujer que encontraron después, no tenían cabeza?

—No, no me he enterado de eso. Y el conductor de ese camión de la RDA, ¿ha desaparecido?

—Desaparecido, como el camión. La matrícula tenía un número con una «R», era de Dresde. Y el camión era un Volvo Intercooler, con tres ejes posteriores, para transporte muy pesado —sonrió vagamente—. Quizá han robado un misil o algo así.

—¿Recuerdas la matrícula entera del camión?

—No, sólo la «R» —volvió a mover los hombros—. Tengo que irme.

Hay días en que reacciono de manera francamente musical. Puse en mi cadena un disco de Robben Ford. Sonó «Nothing but the blues» y sus suaves acordes ahuyentaron todas las inquietudes que sobrevolaban mi cabeza. Fui a la parte trasera de la casa, trajiné un poco más en el ciruelo, y en cuanto terminé, corté tres rodajas de jamón, las freí y las salteé con tres huevos fritos. Lo acompañé todo con café negro italiano.

Tuve que salir corriendo al jardín cuando sonó el teléfono, mi teléfono nunca está en el lugar que le corresponde. Era Elsa:

—He hablado con Kohler —exclamó, despectiva.

—¿Y?

—Kohler es un bocazas presuntuoso, y cree que tú y yo tenemos un lío y esas cosas...

—¿Y qué?

—Quiero decir, que no fui yo quien le llamó, fue él quien me llamó a mí. Sobre todo quiere saber qué estúpida misión secreta es la que te ha encargado el jefe. Y él pensaba que yo lo sabría.

—Kohler es un gilipollas.

—En eso estamos de acuerdo. Por lo demás, resulta que no estás de vacaciones en absoluto, y resulta que te has embarcado en un reportaje. Cuando te llamé antes, ya te lo había notado en la voz.

—¿Cómo lo notaste?

—Bueno, cuando te embarcas en algo, tu voz suena especialmente remota. Se nota que no prestas atención, que estás en la luna.

—En realidad, es una historia para el jefe, y no sé qué saldrá de todo esto porque sólo existe desde hace un par de horas. Quiero escribirla a mi aire.

—Sin embargo, a mí se me ha ocurrido meterme en el coche y hacerte una visita.

—¿Quieres venir traqueteando, con tu cacharro oxidado, desde Hamburgo hasta Eifel? Necesitas por lo menos diez horas, siempre que sople viento favorable.